

Leer y releer

Escribe: ANDRES PARDO TOVAR

Broncas resonancias de las campanas de la iglesia de La Candelaria, en el Bogotá que fue. Son las ocho de la noche y llueve a porfía. En los canalones, el agua fluye musicalmente y un niño se refugia en el amplio y pulcro lecho materno. Trae en sus brazos un libro, hermosamente empastado en España. Es uno de los volúmenes de las *Obras completas de Julio Verne*, en versión castellana publicada por la histórica editorial madrileña de "Gaspar y Roig, Impresores".

Pasan algunas horas. El niño, deslumbrado, se adentra cada vez más por el paisaje fluvial de Venezuela: está leyendo *El soberbio Orinoco*, relato inolvidable en el que el célebre geógrafo y narrador francés Jules Verne intuyó toda la majestad de los panoramas tropicales. Minutos más tarde, el pequeño lector ha conciliado el sueño y por su imaginación infantil desfilan los horizontes viajeros del gran río venezolano. Los hermosos grabados en acero que ilustran el libro que ha quedado abandonado entre las frazadas del lecho materno, adquieren vida, color y perspectiva. Ya se aproxima, en el viaje imaginario, el delta del hazañoso y turbulento Orinoco.

Después, serán *La jangada* y el paisaje amazónico, las aventuras de *Los hijos del capitán Grant* y *La vuelta al mundo en ochenta días*. Más tarde, el fabuloso y premonitorio viaje a la luna y la mágica presencia de ese remoto *Castillo de los Cárpatos*, donde se prefigura la moderna televisión y un noble señor conserva celosamente la viviente imagen de su "inmortal bienamada". El niño ya no sueña dormido: sueña despierto y continúa adentrándose por el maravilloso mundo de las narraciones de Jules Verne. Su siquismo comienza a adivinar que algo más que simples relatos de aventuras —Verne, Salgari, Erckman-Chatrion, Stevenson, Aymard— puede encontrarse en la biblioteca del abuelo materno. Y sigilosamente, comienza a explorarla más a fondo, absorto y maravillado.

DE JULES VERNE A MAURICE DE FLEURY

El niño de nuestro cuento —que es historia— se ha transformado en un meditativo adolescente. Por su vida pasan ráfagas de angustia, que no puede comprender, pero que le torturan inmisericordemente. Hasta las más

secretas fibras de su organismo se estremecen cuando sus estados de ansiedad culminan en una sensación de total abatimiento, de miedo ante la vida. La vida, tremendo interrogante que surge ante él, amenazador y fascinante, a la manera de esas grandes serpientes que había contemplado en las ilustraciones de sus libros favoritos.

Dieciséis años. Perfume inolvidable de la primera novia, temblorosamente acariciada en instantes fugitivos, transidos de anhelo y de temor. El niño de antaño deambula ahora por las rutas de la antigua Bogotá. Ha llegado precisamente a la primera Calle de Florián, esquina con la calle 12, y se encuentra con la Librería Santafé, refugio sedante fundado por un gran señor y artista que años más tarde habría de ser uno de sus más nobles amigos. En una de las vitrinas de esa librería, el adolescente contempla un libro a la rústica. Se titula *La angustia humana*. En francés lo escribió Maurice de Fleury y al castellano se ha traducido bajo los auspicios de la Editorial Aguilar.

La sobrecubierta de ese libro, en azul pálido, le inquieta y prefigura en su mente el posible contenido de la obra. ¿La angustia? ¿La angustia humana? ¿No será eso, precisamente, lo que me tortura tanto? El adolescente adquiere un ejemplar de la obra. Esa noche, ya no serán los relatos de Stevenson ni de Verne los temas que habrán de preocuparle. Tiene entre manos algo infinitamente más interesante: la clave para la comprensión de su propio yo. Y se adentra por las páginas del libro en que el eminente siquiatra francés analiza los estados de ansiedad y las crisis angustiosas que, a manera de flores monstruosas, brotan de tales estados anímicos.

Ya no se siente tan solo el adolescente de antaño. Maurice de Fleury le ha hecho comprender que sus padecimientos espirituales no son excepcionales y que muchos otros seres humanos padecen del mismo mal del alma. Serenado entonces, continúa su porfiada búsqueda por los anaqueles de la historiada biblioteca del abuelo.

EL ENCUENTRO CON LA POESIA

Semioculto entre dos grandes volúmenes, el adolescente topa con un breve libro. Su título es tan sencillo como diáfano su contenido: *Rimas de Bécquer* se llama. Y entre sus páginas, amarillentas por el paso de los años, encuentra la primera de sus claves emocionales y a través de las estrofas del fino sevillano presiente lo que habrá de ser su existencia en un futuro próximo e incierto:

—*Mi vida es un erial:
flor que toco se deshoja;
que en mi camino fatal,
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.*

Y prosigue la búsqueda insistente. En otro anaquel, entre un tratado de filosofía utilitarista y un volumen de *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand —traducción del excelentísimo señor marqués don Vicente de

la Cuesta y Landívar— el adolescente tropieza con un breve volumen cuyo rótulo reza: *Poesías de J. A. Silva*. Aquí de su total deslumbramiento en presencia de los versos inmortales:

—*Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras niveas
de las mortuorias sábanas.*

Un paso más, y advino a la vida emocional de nuestro amigo el mensaje prestigioso de Rubén. Fue primero la épica resonancia de la *Marcha triunfal*. Muchos lustros más tarde, y ya convertido en un hombre de edad prolecta, el obsesionado lector pudo comprender la quejumbrosa y nostálgica dulcedumbre de la *Canción de otoño en primavera*:

—*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver.
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer.*

Pero reanudemos el rumbo del relato. Cuando el adolescente se transformó en hombre, fue uno de sus primeros amigos un alto poeta colombiano que le animó a continuar avanzando por el sendero de la literatura. Pasaron los años, y el maestro obsequió a su discípulo el libro titulado *Después del silencio*, con una generosa dedicatoria: "Al crítico y creador de arte y amigo gentilísimo de todo mi aprecio". En ese breviario emocional, el peregrino de los libros —en alta noche callada— leyó las estrofas admirables de *Rosa mecánica*, vibró con *Las alegres compañeras* y sollozó interiormente ante el doloroso mensaje elegíaco de *La mujer sobre el ébano*:

—*Yo la vi bajo el esplendor rosado
de la pantalla que vertía sobre sus mejillas
el fulgor de un otoño casi excesivo en la riqueza
de sus hojas. Su rostro estaba grave
como el de un ángel inclinado sobre el espíritu de un hombre.*

—*Yo vi su desnudez ligera
dorar la alcoba, como la luna un puerto nocturno.
Parecía que de sus hombros
arrancaran dos llamas para iluminar su cuerpo.*

Más tarde llegaron Neruda, y Bertold Brecht y Georges Migot, y Borges, y la evanescencia de la lírica —concentrada y etérea al propio tiempo— de Jules Supervielle:

—*Nous sommes deux, nous sommes un,
nos pas s'embroillent, et nos coeurs.
Nous avons même vêtement
quand nous allons chemin faisant
sur la route qui sort de nous,
la seule que nous puissions suivre.*

Pero la revelación de Brecht fue más profunda todavía. El admirable dramaturgo y poeta nos revela el reino de la poesía ecuménica, transida de voces que piden justicia y de resonancias trascendentales. Así en el poema *A los nacidos después*, donde fulguran versos de un contenido tan profundamente cristiano e irrevocablemente rebelde:

—“*Es verdad: Aún gano mi vida.*

Pero creedme: es una casualidad. Nada

de lo que hago, me da derecho a hartarme.

Casualmente me he salvado. (Si me abandona la suerte, estoy perdido).

Me dicen: Tú, come y bebe. ¡Alégrate de tener!

Pero, cómo puedo comer y beber si

le quito al hambriento lo que como, y

¿mi vaso de agua le falta al sediento?

Y sin embargo yo como y bebo (1).

LAS EDICIONES PREFERIDAS

Hace ya muchos años, y esto fue en tiempos anteriores a la última de las guerras civiles de España, se editaba en ese país —despreocupado y feliz— una hermosa colección, amorosamente cuidada hasta en sus más ligeros detalles tipográficos: *Autores modernos y contemporáneos* era su título. Esa serie de deleitosos volúmenes, empastados en tela inglesa, en marroquí o en “piel gran lujo” por la Encuadernación Calleja, llevaba el sello de Ediciones La Nave. En ella leí la obra de Oscar Wilde, en las insuperables versiones de Ricardo Baeza, antes de acercarme al infortunado narrador y poeta en su idioma nativo, por él manejado con tanto virtuosismo.

Conservo, de Ediciones La Nave, no solamente las traducciones de Baeza, sino otros libros, pequeños, admirablemente impresos y encuadernados en pastas estampadas al oro: así *Los maestros de antaño*, de Eugenio Florentín; *La música contemporánea en España*, de Adolfo Salazar; *Miguel Angel*, de Romain Rolland; *El inspector*, de Gogol; *La casa solitaria*, de Robert Louis Stevenson; *Mis vacaciones en España*, de Edgar Quinet; *Niño y grande*, de Gabriel Miró; *Romances de ciego*, de Salvador de Madariaga, y otros muchos títulos. Suelo acariciar estos volúmenes, caros compañeros de mi juventud, y los releo con alguna frecuencia.

En un anaquel contiguo a aquel en que sueñan los deliciosos hijos de “Ediciones La Nave”, reposan los breves volúmenes de la colección *La pajarita de papel*, dirigida por Guillermo de Torre para la Editorial Losada de Buenos Aires. Varias de las obras inglesas y francesas que incluye esta colección ya habían sido leídas por mí en sus idiomas originales, así las de Valéry, Claudel, Aldous Huxley, Wolt Whitman, D. H. Lawrence, Katherine Mansfield, Henry James y George Santayana. Pero al releerlas

(1) Versión castellana de Hans Leopold Davi.

en las versiones castellanas de *La pajarita de papel* me proporcionaron nuevas emociones estéticas e intelectuales. a más del descubrimiento de aspectos y facetas desapercibidas en una primera lectura.

La pajarita de papel publicó diecisiete títulos y llegó a su término, como ocurre con este tipo de publicaciones seriadas. Permítaseme enumerar aquí *El libro de Cristóbal Colón*, por Paúl Claudel; *Gas y Un día de octubre*, de Georg Kaiser; *Política del espíritu*, de Paúl Valéry; *La desconocida del Sena*, de Jules Supervielle; *Diálogos en el limbo*, de George Santayana; *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rainer María Rilke; *El sitio de Londres*, de Henry James; *La mujer que se fue a caballo*, de D. H. Lawrence; *La señorita Elsa y Huída a las tinieblas*, de Arthur Schnitzler; *El tiempo y la máquina y El joven Arquímedes*, de Aldous Huxley; *La metamorfosis*, de Kafka; *En la bahía*, de Katherine Mansfield; *Cervantes, Goethe y Freud*, de Thomas Mann; *Canto a mí mismo*, de Walt Whitman; *La muerte del pequeño burgués*, de Franz Werfel, y *El hombre que murió*, de D. H. Lawrence. Ilustraron estos volúmenes, con grabados que en ocasiones llegan a ser genialmente exegéticos, Attilio Rossi, Sergio Ontañón y Nohra Borges.

La mayor parte de las versiones de las obras enumeradas son magistrales. Así la de la obra de Kafka, por Jorge Luis Borges; la de Valéry, por Angel J. Batistesa; la de Supervielle, por María Luisa Bombal; la de Whitman, por León Felipe, y la de Rilke, por Francisco Ayala. En esta última releo con frecuencia lo que acerca de lo que debe ser la poesía verdadera escribió en ella el autor de las *Elegías de Duino*. Escuchémoslo:

“Se debería esperar y saquear toda una vida, a ser posible una larga vida; y después, por fin, más tarde, quizá se sabrían escribir las diez líneas que serían buenas. Pues los versos no son, como creen algunos, sentimientos (se tienen siempre demasiado pronto), son experiencias. Para escribir un solo verso, es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, hay que sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las florecitas al abrirse por la mañana. Es necesario poder pensar en caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en despedidas que hacía tiempo se veían llegar; en días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado; en los padres a los que se mortificaba cuando traían una alegría que no se comprendía (era una alegría hecha para otro); en enfermedades de infancia que comienzan tan singularmente, con tan profundas y graves transformaciones (...). Es necesario tener recuerdos de muchas noches de amor, en las que ninguna se parece a otra, de gritos de parturientas, y de leves, blancas durmientes paridas, que se cierran. Es necesario aun haber estado al lado de los moribundos, haber permanecido sentado junto a los muertos, en la habitación, con la ventana abierta y los ruidos que vienen a golpes. Y tampoco basta tener recuerdos. Es necesario saber olvidarlos cuando son muchos y hay que tener la paciencia de esperar que vuelvan. Pues los recuerdos mismos no son aún esto. Hasta que no se convierten en nosotros, sangre, mirada, gesto, cuando ya no tienen nombre y no se les distingue de nosotros mismos, hasta entonces no puede suceder que, en una hora muy rara, del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso”.

Existe, desde luego, el libro de arte —en el sentido de obra consagrada a historiar o comentar las manifestaciones de la plástica y que, como es obvio, contienen las reproducciones del caso— y existe también el libro de arte en el sentido del libro como obra de arte. Francia, Inglaterra y Alemania, y modernamente Argentina y México se cuentan entre los países que más hermosamente han sabido editar ciertas obras, en el segundo de los sentidos a que nos hemos referido.

Los ejemplos resultarían innumerables. Deseo referirme solamente a la edición, en un solo volumen empastado en cuero rojo y con estampaciones de oro, de las *Sonatas* de Valle Inclán, admirable realización de la Editorial Rúa Nueva, de Madrid; *La vida nueva*, del Dante, en la traducción de Luis Viada y Lluch, editada en Barcelona por Montaner y Simón (año de 1946: tiraje especial de 300 ejemplares en papel pergamino); *La gloria de don Ramiro*, editada por Viau y Zona de Buenos Aires y avalorada por las admirables ilustraciones de Alejandro Sirio; *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, obra de Miguel León-Portilla ilustrada con dibujos de Alberto Beltrán y editada por el Fondo de Cultura Económica (México, D. F., 1961); *L'Angleterre romantique*, de Maurois, con veinticuatro ilustraciones de Grau Sala grabadas en madera por Angiolini y Boyer y admirable encuadernación en cuero estampado según maqueta de Bonet y, por fin, la noble y severa edición numerada de *Ma vie et ma pensée*, de Albert Schweitzer, realizada por Albin Michel para el *Club des Éditeurs* en 1960.

Pasando al libro de arte propiamente dicho, habría que recordar las ediciones Skira, de Lausana, culminación de la técnica de reproducción a colores. En su colección *Le gout de nôtre temps*, Skira ha publicado —entre otras— seis obras sobre Toulouse-Lautrec, Van Gogh, Gauguín, Degas, Cézanne y Renoir, que conservo amorosamente y ojeo con frecuencia. Excelentes estudios críticos acompañan a estos libros de formato cuadrado, empastados sencillamente en tela color crema. Skira inició esta colección en el año de 1953.

Once años después, lanzó Aguilar al mercado sus sensacionales *librofilms*, en los que culmina la moderna técnica de las artes gráficas y las reproducciones en heliotipia se combinan con los procedimientos de la fotografía en colores. Como es sabido, cada uno de los librofilms de Aguilar traen —ingeniosamente dispuestas en “bandejas” de plástico— cien diapositivas o transparencias. De mí puedo decir que he utilizado estas obras no solamente para mis cursos de arte, sino para mi propio placer y el de algunos de mis amigos. Las proyecciones obtenidas a base de tales transparencias son asombrosas: el color transparente, al proyectarse sobre la pantalla fluoroscópica, presta al cuadro o al objeto fotografiado una vida interior y una luminosidad maravillosas. Hasta la fecha, han visto la luz trece *librofilms* de Aguilar, consagrados —en su orden— al Museo Lázaro Galdiano de Madrid, al Museo de Escultura de Valladolid, a la pintura española en el Museo del Prado (2 volúmenes), a la pintura española en los museos provinciales, al Museo del Louvre, al Museo de los Impresionistas y al Museo de Arte Moderno de París, a los museos provin-

ciales franceses, a la Galería de los Uffizi de Florencia, a la Galería Nacional de Washington, D. C., al Museo de Bellas Artes de Budapest y al Museo de Antropología de México, D. F.

En un plano infinitamente más modesto, pero deleitable, se ubican las obritas de la *Colección Minia* de Gustavo Gili, de Barcelona. Insuperables reproducciones se contienen, de otra parte, en la *Colección Phaidon* de la Editorial Noguer, de Barcelona (Velásquez, Renoir, Van Gogh, impresionistas franceses, Cranach y Kokoschka). La obra sobre Kokoschka, en especial, es admirable y a ella vuelvo con frecuencia en busca de las emociones que siempre me han deparado dos grandes artistas modernos: el autor de *La tempestad* (1914), *El mandril* (1926) y *Las termópilas* (1954) y el alucinado y alucinante Chagall.

Al comenzar a escribir estas líneas, que apenas sí aspiran a ser algo así como la confianza cordial de un sencillo lector, recordé un libro que me acompañó en mi niñez, y que podemos incluir dentro del sector de los libros de arte. Se titula *Nouvelles Chansons et Rondes infantines*. Autor, compilador y realizador de los acompañamientos al piano de estas ingenuas melodías fue J. B. Weckerlin, profesor alsaciano que gozó de prestigio a mediados del siglo pasado. Numerosas ilustraciones a color y colofones grabados al acero hacen de esta obra un regalo para los ojos: Pille, Sandoz, Poirson, David y Le Natur fueron los ilustradores de esta antología de canciones infantiles. Sus acuarelas originales fueron reproducidas mediante procedimientos litográficos que producen coloraciones finamente granuladas y esfumaturas sugestivas. En una de las primeras páginas, sueña Cenicienta con el príncipe que la ha de rescatar de la crueldad de su madrastra; en otra, las tres Bellas Princesas lanzan sus corazones a los caballeros que se aproximan al frente de un suntuoso cortejo militar; más adelante, Monsieur Demollet se dispone a embarcarse, despedido por los buenos vecinos de Saint Malo; hacia el final de la obra, el valeroso Monsieur de la Palisse muere luchando contra sus enemigos y sobre el puente de Nantes danzan alegremente varias parejas, ante la amable curiosidad de dos señores de edad proveya.

Frescas rachas de ternura llegan hasta mí cuando vuelvo a ojear este libro francés, impreso en el año de 1886 por Garnier Frères, Libraires-Editeurs de París. El ejemplar que poseo, empastado en tela negra, lleva —estampado en la cubierta— el sello del Colegio Rollin, de la capital francesa.

EN TORNO A LOS CLASICOS

Guiado por el maestro Azorín, suelo volver a los viejos escritores españoles. En un ejemplar de los Clásicos Castellanos de Espasa Calpe, releo las páginas inolvidables del músico, narrador, aventurero y poeta rondeño Vicente Espinel: su *Vida del escudero Marcos de Obregón* me ha procurado y continúa procurándome horas felices. Por ello retorno a aquellos párrafos en que Espinel rememora sus experiencias musicales, sus viajes y sus aventuras:

—“Venía casi todas las noches a visitarme un mocito barbero, conocido mío, que tenía bonita voz y garganta; traía consigo una guitarra con que, sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas sonadillas (1) a que yo le llevaba un mal contrabajo, pero bien concertado —que no hay dos voces que si se entonan y cantan verdad, no parezcan bien—, de manera que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad a oír nuestra armonía”.

Cuadro el anterior de vivo relieve, que nos hace contemplar a los cantores, acompañándose de la guitarra y cantando en imitaciones contrapuntales, en tanto que el vecindario los escucha con embeleso.

En otro lugar, relata Espinel el amor que por él concibió, encontrándose cautivo en Argel —como Cervantes—, una doncellita árabe o mora. Solo que el hidalgo español renunció a su fácil romance y fingió desamor a su aficionada:

—“La pobre doncella, que sintió novedad en mí, llevolo con mucha melancolía de corazón, sentimiento y ojos, arcaduces y lumbreras del alma; color mudado de rostro, suspensión en las palabras y encogimiento en el trato”.

De ese idilio solo quedó un recuerdo que perfuma las páginas del libro de Espinel, y un rasgo psicológico que remata la confidencia: —“Las doncellas, ignorantes de querer y olvidar, con cualquier disfavor se marchitan, como hizo esta doncellita, a quien yo quería más de lo que ella pensaba”.

Cómo no releer el magistral relato autobiográfico de Espinel, si en él tropezamos con rasgos tan afortunados como aquel en que se refiere a su villa natal (Descanso XX de la Relación I), donde anticipa la descripción que consigna adelante, aludiendo con plástico vigor y en cláusulas sabiamente ritmadas, al saudoso itinerario: —“Todo cuanto mira a Málaga muy de primavera, y cuanto mira a Ronda muy de invierno (...). Por entre aquellos árboles muy lleno el camino de manantiales y aguas que se despeñan de aquellas altísimas breñas y sierras por entre muy espesas encinas, lentiscos y robles”.

Al *Ingenioso Hidalgo* vuelvo utilizando la preciosa edición, en cuatro tomitos, del librero Lefevre de París, realizada en el año de 1838. El tomo primero hubo de llegar incompleto a manos de su antiguo dueño —don Juan José Ramírez— quien tuvo la paciencia de copiar las páginas faltantes y la “tabla” o índice, utilizando otra edición de la obra y valiéndose para ello de una hermosa letra inglesa. En pequeñas hojas realizó su curiosa labor, y el volumen, así completado, pasó a manos de alguno de los excelentes encuadernadores bogotanos del siglo pasado:

—“Ay, respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía.

(1) *Sonadillas* y no *tonadillas*, como se lee en algunas ediciones, toda vez que se trata del diminutivo plural de *sonada*.

Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron...”.

Tiene razón Salvador de Madariaga al terminar su *Guía del lector del Quijote* con dos admirables y breves capítulos: *La sanchificación de Don Quijote* y *La quijotización de Sancho Panza*. El escudero, ante el fracaso de su amo, reacciona en sentido quijotesco. Los papeles se han trocado, pero sin la locura que embriagó su corazón de heroicos ensueños, el Caballero de la triste figura no encuentra otra salida que la muerte.

Cuando no son Espinel o Cervantes, adviene el *Elogio de la locura* de Erasmo, en la traducción francesa de Thibault de Laveaux, editada por Constantín Castéra con las ilustraciones realizadas en 1523 por Hans Holbein sobre un antiguo ejemplar de la obra del célebre humanista, conservado por cierto en el Museo de Bale.

Desde luego, Colombia también tiene sus clásicos. Para mí, uno de ellos es el ilustre sociólogo, ensayista y poeta boyacense Carlos Arturo Torres. A través de mi vida, he leído y releído su insuperable estudio bibliográfico *En la cuna de Shakespeare*, exégesis tan ingeniosa como densa de la caudalosa producción dramática del insigne autor de *Hamlet*, *Macbeth* y *La tempestad*. ¿Cuántas páginas críticas como esa puede exhibir nuestra literatura?

LEER Y RELEER

Crisis profunda en la vida de un escondido y consuetudinario lector. La clínica está silenciosa, pero en su ámbito se adivina la secreta presencia de la muerte. Hacia la medianoche, suelen escucharse los lamentos de una niña enloquecida por el terror y el sufrimiento físico. Resulta imposible conciliar el sueño. Olor a éter, a yodo, a indefinibles substancias amenazadoras.

El enfermo, al amor de una lamparilla y en lo alto de su lecho articulado de metal pintado de blanco —qué tristes son estos lechos, mudos testigos de tantos otros dolores y de nuestro propio dolor—, ojea las páginas de uno de los volúmenes de la *Obra completa* de Pío Baroja, un lejano aunque desconocido amigo de su primera juventud. Y del fondo del olvido vuelven a surgir las figuras de Silvestre Paradox, de María Aracil, de César Moncada y de Shanti Andía.

Las tres de la madrugada. El enfermo relee ahora el *Diario* de Giovanni Papini, donde tantas cosas amargas y admirables pueden espigarse:

—“2 de octubre. La vida está toda hecha de errores y renunciaciones. En la primera mitad, los errores son más numerosos que las renunciaciones; en la segunda mitad, siguen abundando los errores y siguen también en aumento las renunciaciones. Solamente la extrema renuncia —la muerte— cierra, para siempre, la serie de los errores. —10 de marzo (1953). He

pasado largos meses de tristezas y sufrimientos. He soportado todo con la esperanza de curarme. Me han acibillado a pinchazos, me han dado masajes en los brazos y en las piernas. A pesar de todo, no puedo caminar sin ayuda y me cuesta trabajo sostener la pluma con la mano derecha”.

* * *

El enfermo convalece lentamente; paso a paso vuelve a la vida, a la vida difícil, cruel. Al retornar a su hogar, le recibe la presencia gratísima de sus libros. Aquí le esperaban los volúmenes de Alfonso Reyes, en la edición completa de sus obras, realizada por el Fondo de Cultura Económica. Muy próximos, le aguardaban los ensayos y estudios de Macaulay, traducidos por Mariano Juderías Bender, editados por los Sucesores de Hernando y encuadernados a fines del siglo pasado en pasta española con rojos y dorados tejuelos. Más adelante, confiaban recibir una caricia de su dueño y amigo la *Estética* de Croce y la *Filosofía de la religión*, de Harald Höffding. Hubo también una nostálgica mirada de cariño para las admirables novelas de Rómulo Gallegos y para las de Ciro Alegría.

Antes de retornar a la lucha de todos los días, el convalesciente ha tomado entre sus manos enflaquecidas un sermonario de fray Luis de Granada y busca en él aquel párrafo en que culmina el número de la prosa castellana y alude el insigne escritor a los atributos del Señor:

—“Oh invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda; a quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres halagan; a quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; a quien ni el origen dio principio, ni los tiempos aumento, ni los acaecimientos darán fin; porque en los siglos de los siglos permanecéis para siempre”.

Amor a los libros. Leer y releer —oficio gratísimo— seguirá siendo el refugio de quienes viven en contacto con el mundo del espíritu.